

AGUAS DE FRONTERA

Llevaba dos días sin parar de llover pero las peores noticias no tardaron en llegar a pesar del implacable aguacero. El frente de Aragón había caído en Marzo y las tropas avanzaban rápido hacía el Pirineo.

Un mes más tarde, desde el Valle del Cinca hasta la Noguera Pallaresa, empezó a movilizarse un gran número de aldeanos y lugareños con el fin de emprender su huida hacia Francia.

Los habitantes de Terós vieron cómo, desde el seis al diez de Abril, muchos de sus vecinos se organizaban para emprender su viaje a Francia y contemplaban como muchos otros pasaban ya delante de sus casas, desde hacía varios días, buscando el mismo camino. Algunos vecinos les entregaron comida y provisiones para la dura travesía que les aguardaba, otros pasaban la noche descansando junto al fuego de algún vecino piadoso con el fin de secar sus cuerpos y sus ropas mojadas.

Venían a pie de Lleida, Monzón y Barbastro, huyendo del avance de las tropas franquistas, otros eran los propios habitantes del Pallars. También había refugiados malagueños que un año atrás habían abandonado sus casas para encontrar refugio en los parajes aislados del norte.

Francisco era uno de ellos. Estaba cansado, empapado y apenas recordaba su propia risa. Para él, aquello era su segundo exilio. Miraba al cielo con la esperanza de vislumbrar algún claro, pero todo eran nubes grises que arrojaban otras más pálidas hacia el valle. Bajo las balconadas de madera se agrupaban goterones de todos los tamaños, aplastándose uno detrás de otro hasta el síncope. Francisco se quedó mirando una gota en lo alto del marco de una ventana; ésta, temblaba contra el cielo y las cumbres en mil brillos apagados. Veía como iba creciendo y se tambaleaba, parecía que iba a caer y no se caía. Francisco pensaba que se agarraba con fuerza, que la gota no quería caerse agarrándose con sus dientes de agua, mientras la gota engordaba y engordaba como una gota enorme y fuerte que colgaba majestuosa, cuando de pronto, al fin se precipitó deshecha. Ya era nada. Francisco empezó a mirar otras gotas que se suicidaban pronto, otras gotas que se entregaban sin pelear, brotando de los marcos y arrojándose al vacío; saltaban de su frontera desprendiéndose de ella, renunciando a todo en un grito imperceptible que las emborrachaba en esa nada del caer y aniquilarse como tristes e inocentes gotas.

Y así, Francisco, despidiéndose de la nada, del ensimismamiento y de las piruetas que la imaginación condecía al agua, emprendió de nuevo el camino aferrándose a la tierra, a su atávica tierra, como aquellas gotas

que se aferraban a la madera sin querer partir. La pena iba hinchándole los ojos que precipitaban, incontenibles, unas tristes lágrimas que la lluvia arrastraba de sus mejillas y las arrojaba al suelo deshechas. Su pena, como un invisible y pernicioso gigante, se quedaba en su interior estanco, las lágrimas saladas, en cambio, ya eran nada.

Las tenues olas se lanzaban a las rocas con su suave lenguaje de espuma y sal y, con su canción desesperada, hacían bailar a aquella embarcación que, amarrada al embarcadero, esperaba su inminente viaje crujiendo como un lamento.

Según el acuerdo, la embarcación sería nueva, de dieciséis metros de largo y tres y medio de ancho, con un sitio especial para Moussa e Isatou y con departamentos estancos bajo llave para guardar sus pertenencias más valiosas. Llevarían mil litros de gasolina y doscientos setenta litros de agua para todos. También les prometieron que les darían leche cuatro veces al día.

Una vez allí, pudieron ver un viejo cayuco de unos doce metros de largo con un depósito mediano de unos setecientos litros de gasolina y dos motores destartados de cuarenta caballos. De la leche y de la comida, ni rastro.

¡El pasaje vale "Ochociento euro"!- repitió aquel sudoroso y desagradable traficante marroquí.

¿Los dos?- pregunto Moussa.

Inmediatamente aquel hombre soltó una inmensa carcajada que no dejó indiferente a nadie.

¡ El pasaje vale "Ochociento euro", cada uno, bête!- aclaró. Moussa, desconfiado, saco una bolsita sucia de su ropa interior donde había un fajo de billetes. Empezó a contar despacio, no podía permitirse el lujo de equivocarse.

-¡Date prisaj ¡Es para hoy negroj Moussa terminó de contar el dinero pero antes de que pudiera entregárselo al traficante, este se lo arrebató de un zarpazo disponiéndose a contarlos una vez más.

Moussa lanzó a Isatou una mirada tranquilizadora tomándola de la mano para disponerse a subir al cayuco pero una vara de teca obstaculizó el paso de ambos. *-Primero contar, luego subir,...*

Moviendo los labios únicamente, empezó a pasar billetes de una mano a otra a una velocidad pasmosa humedeciendo exactamente cada tres segundos su dedo pulgar para facilitar así la adherencia en el frenético recuento.

- *Está bien. Podéis recoger un chaleco salvavidas y un impermeable cada uno y subid a la barca. Tenéis cinco litros de agua para cada uno, administrarla bien si no queréis pasar sed en el trayecto.*

Sus miradas se iluminaron como quien monta en una atracción de feria. Se situaron nerviosos y risueños al comprobar las dificultades de trasladarse en un suave vaivén continuo y caprichoso hasta el final de aquellos doce metros de cayuco. Hasta ese momento, su viaje a pie desde Camerún había durado dos años.

Moussa salió de casa una noche, sin despedirse de nadie. No quería ver llorar a su madre. De igual manera no iba a soportar más ver a su hermana y a su hermano pasando hambre día tras día. Su país ya no le ofrecía ninguna posibilidad de prosperar y decidió huir y marcharse con Isatou.

La familia de Isatou, en cambio, deseaba asegurar el futuro de la familia así que, decidieron que su hija menor debía casarse con un acaudalado hombre, mayor que ella y al que no amaba.

Tras cuatro mil kilómetros de polvo y tierra, lluvias torrenciales, hambre, peligros y otras vivencias divisaron la costa de Marruecos. Abajo, en el valle, distinguieron un tapiz de luz que nunca antes habían visto. Era Ceuta. Europa. Llegaban andando con compañeros de todo tipo, unos que ya habían saltado y habían sido deportados y otros que ni siquiera habían visto antes la luz eléctrica. Durante las horas interminables de marcha, los primeros entretenían y describían a los segundos como eran los códigos de los colores de los semáforos, el agua corriente en cada casa y daban múltiples consejos de higiene o de cómo debían moverse por las ciudades.

El cayuco se iba llenando poco a poco mientras tanto, en un silencio nervioso, se miraban con la incertidumbre de quien se siente a la misma distancia de cumplir un sueño o de enfrentarse a la más oscura de las pesadillas. Una vez inundado de hombres, cuarenta y dos en total, entraron dos mujeres más con niños y una embarazada. Cuando entraba alguien al cayuco, el resto le chocaban los puños a su paso y luego se golpeaban el corazón.

-*Nada más llegar a tierra, no se entretengan para nada. Dos marroquíes les estarán esperando con una furgoneta blanca. Ellos saben vuestros nombres. Si por alguna circunstancia no los encontraseis, que no se les*

ocurra hacer autostop, pues os descubrirían enseguida. Ocultaos en algún sitio y esperad a que sea de día.- Gritó el traficante.

-Vosotros solo sois asquerosos africanos, a los españoles les resultará muy fácil identificaros como tales. De modo que, si os pillan, aunque no llevéis documentación, tened por seguro que os expulsarán enseguida. Os traerán de vuelta y vuestro esfuerzo y dinero no habrán servido para nada-

Cuando arrancó el cayuco, se hizo el silencio. El timonel desato el nudo del cabo que los unía a África. Todos se agitaron nerviosos cuando la embarcación empezó a dirigirse hacia la oscuridad alejándose de su tierra.

Venían de todas partes, por cada hombre había una historia, secretos íntimos que se mezclaban con el agua del mar en forma de lágrimas saladas. Otros se sacudían el miedo entonando canticos para desprenderse de sus temores. La mayoría no sabía nadar, pero Moussa sabía cómo mantenerse a flote. Isatou, inquieta, buscó a Moussa esperando una mirada tranquilizadora que no tardó en llegar. Sus miradas se encontraron. Se miraron como si fueran únicos en el mundo, tomándose de la mano como dos piezas que encajaban a la perfección. No pidieron nada. Ya lo tenían todo.

Y así, fueron alejándose de la costa hacia la oscuridad de la noche. Su pena les acompañaba en aquel cayuco, las lágrimas saladas que iban derramando íntimamente en aquella barca, en cambio, ya eran nada.

Su pantalón de pana y su blazer no alcanzaban para mantenerlo tibio y el frío entraba hasta sus huesos en un dolor más profundo que la propia carne. La sensación de caminar sobre la nieve, soportando el frío y el cansancio era espantosa. Los milicianos que acompañaban al grupo de Francisco eran muchachos de unos veinte años, ellos los alimentaban, los abrigaban con sus capotes, los consolaban cuando los más pequeños lloraban reclamando a sus madres. Cuando paraban para hacer noche, les quitaban el calzado y les frotaban los pies para evitar que se congelaran.

-Detrás de aquella montañita está Francia-, mentían los soldados para animar el espíritu de los niños que, agotados, caminaban arrastrando los pies. Pero detrás de la montañita no estaba Francia y tenían que seguir caminando.

Algunas veces, cuando el sendero se disponía a perderse en la espesura de los pinares negros sumiéndoles en una tenue oscuridad, tan lóbrega y solemne que hacía renacer los pensamientos y las siniestras fantasías, Francisco se detenía y contemplaba la escasa luz del sol que, camuflada, parecía arrojar un escaso consuelo a las fantasmales nubes que vagabundeaban incesantes acariciando los valles y sus laderas.

Cuando aún faltaban varios kilómetros de ascenso para llegar al puerto de Salaut, un colectivo que ayudaba a algunos heridos y personas de avanzada edad se detuvo ante la mirada temblorosa de esta extraña columna serpenteante de exiliados que promediaban ocho años de edad. Eran unos treinta. Demasiados niños para el duro viaje.

Francisco contempló como a su derecha se alzaban cumbres cubiertas de un bosque nevado, muy tupido, que se perdía ante ellos en un bellissimo color azulado. Allá abajo se advertía el valle de magnificas praderas y riachuelos rodeados de la densa foresta. No podía imaginarse paisaje más bello. En cambio, la mirada hacia arriba transformaba sus ánimos, revelando el empinado y embarrado sendero que convertía cada paso en una misión titánica.

Durante el día anterior, Francisco no había escuchado otro tema de conversación que no fuera sobre aquella frontera infranqueable a la que se iban a enfrentar pero la rabia de la desesperanza hacía surgir energías que sobrepasaban los límites de las fuerzas humanas. A pesar de la altura de la nieve que parecía prohibir el acceso, el grupo se mantuvo, aun lento, férreo en sus fuerzas y en su avance. Ya habían tenido que lamentar la pérdida de cinco ancianos, dos niños y un bebé que había nacido en plena montaña y sobre la nieve.

Francisco tomó en brazos a una niña pequeña que caminaba exhausta y empapada en compañía de sus abuelos. Se resistió inicialmente ante el desconocido que la aferraba pero, al cabo de unos segundos, se rindió cediendo ante el agotamiento.

Ambos se miraron entre las nieblas de su propio vaho mientras jadeaban por el esfuerzo. Francisco estaba cansado, empapado y apenas recordaba su propia risa. Se miraron como si hubieran caminado juntos desde el inicio de los tiempos. Abrazó a la niña para darle calor y como dos piezas que encajaban a la perfección continuaron la extenuante ascensión.

La niña le sonrió. En ese momento Francisco no quería nada más. Ya lo tenía todo.

Una ola perversa se estrelló contra el sobrecargado cayuco. El choque hizo que parte de la proa se seccionara parcialmente y entrara más agua. Luego se inclinó hacia un lado y otra ola hizo que el cayuco se inundara hasta la mitad. Moussa sacó la cabeza para vomitar y no manchar al de al lado, en su giro casi le arrastra una ola. Alguien gritaba que no quería morir. Otra yacía con convulsiones por la hipotermia. El agua estaba fría y a Isatou el salitre le picaba en los ojos.

Al principio aguantaban el traqueteo de la embarcación, pero hubo un momento en que la fuerza del mar les empezó a zarandear a todos de un lado a otro. Muchas mujeres sujetaban a sus pálidos hijos para darles calor, otras decidieron meterlos debajo de una lona grasienta con olor a gasolina.

Tenían la esperanza de que, con el sol, amainara el temporal haciéndoles entrar en calor pero el mar no sólo no se calmó, sino que las olas parecían paredes. Isatou tenía un temblor gélido que le impedía moverse. Sus labios descubrían un intenso color púrpura y, Moussa, con un dolor entumecido por apretar los dientes para soportar mejor los golpes, la miró con preocupación y un temor mortal. Hubo un momento en que las olas venían por todas partes. La gente salía despedida de un lado a otro del cayuco. Muchos ya habían empezado a perder los nervios cuando tres ocupantes de estribor cayeron al agua hundiéndose tan rápidamente que parecía que el mar se los hubiera tragado vorazmente hacia sus profundidades.

Isatou comenzó a llorar y, como muchos otros, a gritar que no quería morir. Además, todos se habían dado cuenta de que había dos vías de agua, y, aunque tenían cubos para tratar de achicarla, hubo un momento en que entraba más de la que podían desalojar. Ahí fue cuando realmente Moussa se dió cuenta de que sus vidas corrían peligro. De repente, el motor se paró. Moussa miró a su alrededor aferrándose a la esperanza de la supervivencia casi extinguida, pero contemplando como preludeo de la angustiada e inminente muerte aquella oscuridad repleta de agua y de desesperación, se abandonó tranquilo a los designios del mar renunciando a toda lucha. A cada exhalación dejaba escapar el vigor de su resistencia, el valioso y único aliento que, como ánima invisible, habita la carne para convertirla en vida. Tan solo sus manos mantenían una insólita fortaleza ajena a su voluntad, esas manos firmes envolvían a las de Isatou que, casi inconsciente, se aferraban de igual manera a las de Moussa.

Ambos se miraron como suplicantes aunque sin saber que suplicaban, se miraron tristes a los ojos resistiéndose a darse un adiós forzoso e ineludible.

De repente y sin haberlo advertido, un barco de grandes dimensiones con bandera italiana les rebasaba a escasa distancia provocando que el oleaje resultante les precipitara contra su casco acelerando el hundimiento del cayuco. Moussa quedó sumergido en el mutismo del mar. Los primeros segundos fueron de pánico luchando en la fragorosa superficie, recogiendo el poco aire que arrancaba de ella y manteniéndolo en sus pulmones cuando se sumergía de nuevo en las entrañas del agua.

La lucha por respirar le impedía pedir ayuda. Su cuerpo, en posición vertical, se agitaba acompasado por sus brazos que, en vano, arañaban el agua en movimientos infructuosos, como si intentara subir por una escalera imaginaria en el mar. Isatou aguantaba la respiración tanto como le era posible, inhalaba algo de agua, balbuceaba, tosía e inhalaba más agua. El agua en los pulmones empezó a bloquear los delicados tejidos pulmonares. Al mismo tiempo, la inhalación de agua le sellaba y bloqueaba las vías aéreas. Empezó a experimentar una sensación de quemazón en el pecho a medida que el agua descendía letal por su tráquea. De repente, le sobrevino una especie de caída en una sensación de calma y tranquilidad hasta que sus movimientos se fueron extinguiendo lentamente.

Antes de perder la consciencia contempló borrosos los cuerpos sumergidos de sus compañeros de viaje flotando bajo la superficie del agua que ya era atravesada por los primeros rayos de luz de la mañana. Pensó en sus padres y en Moussa hasta que aquellos rostros se diluyeron en su memoria agonizante. Cerró los ojos a las profundidades. Todo lo que había sido, ya era nada.

Lloviznaba ligeramente. Francisco llegó al fin al puerto de Salaut donde había dos picos montañosos a ambos lados y un paso estrecho por el que sólo podían pasar una o dos personas. Escrito en grandes letras, podía leerse: *España-Francia*. Al pisar tierra francesa la gente comenzó a abrazarse y a gritar: *-¡Viva la libertad!*. Francisco comenzó a llorar cuando contemplo aquel espectáculo humano en aquel lugar único. Cuando se dispuso a abrazar a un anciano, superviviente de la guerra de Cuba, este comenzó a explicarle tristemente sus desgracias, sus ojos apagados, ya que era casi ciego, lloraban con melancolía diciéndole: *-Hijo, yo ya solo espero la tumba como una liberación y este sería un magnífico lugar para morir-*.

La bajada no fue ni mucho menos fácil pero al cabo de media jornada, empezaron a internarse en un gran bosque interminable y oscuro. Era inevitable no escuchar ni sobrecogerse por los sonidos misteriosos que el bosque les mostraba cuando el aire penetraba, agitando, forzando y removiendo sus entrañas, haciendo gemir a los hayedos y temblar a los pinares negros. Había un ritmo monótono de un pájaro carpintero que rebotaba en la montaña devolviendo, con un inmenso eco, su golpeteo incesante o el vuelo acelerado del buitre al descubrir la presencia de aquella columna humana y ya, al atardecer, la siniestra melodía de las lechuzas, el silbido profundo del rebeco en alerta o el aullido lejano del lobo.

Un pequeño claro les anticipó el final del sendero. Comprobaron cómo, a poca distancia de allí, el bosque escondía casas con tejados picudos y chimeneas humeantes. Entre los árboles, aparecían labranzas y ganado, cercas de piedra y perros alborotadores que alertaban, sin saberlo, sobre alguien que se aproximaba a aquellas brañas francesas de invierno.

Las mujeres lloraban de cansancio llevando a sus agotadas criaturas, los hombres, andrajosos con la barba larga y con la mirada fija, escupían palabras de agradecimientos divinos entre los dientes. Los primeros, más fuertes, se estiraban ya cerca de la primera casa del pueblo de Salaut.

En la minúscula plaza empedrada del pueblo, una mesa y cinco gendarmes empezaron a pedirles la documentación mientras recogían los fusiles y las pistolas de los milicianos. Separaron a las mujeres y a los niños de un lado y los hombres de otro y en cuestión de media hora se había formado una cola ordenada para que fueran vacunados contra la viruela.

Un gendarme, en un español mediocre, les indicó la dirección que debían tomar hacía unos camiones que aguardaban para trasladarlos a diversos centros de acogida en Rodez.

De una pequeña casa de la aldea surgieron una madre valiente con sus dos hijas, la más joven tenía sólo unos meses. Provenientes de Málaga hace un año y medio, a causa de la huida, fueron separados del padre de quien no han podido tener noticia alguna desde entonces. Buscaban a alguien, tal y como habían hecho durante semanas, cada día en la plaza del pueblo de Salaut.

Francisco, agotado, miraba las gotas en lo alto del marco de una ventana, temblando contra el cielo y las cumbres en mil brillos apagados. Veía cómo una gota iba creciendo y se tambaleaba, parecía que iba a caer y no se caía, pensaba que se agarraba con fuerza, contemplaba los detalles de lo que estaba viviendo pero, de repente,

su mirada se detuvo cuando las reconoció nebulosas entre la lluvia que empezaba de nuevo a calarle. Derruyendo los muros que se habían levantado aprisionando su alma, surgió un estallido cautivo de su interior, desconocido pero poderoso, eran las incontenibles ansias de recobrar un tiempo y marchar hacia atrás para recoger del lugar que dejaron lo que se dieron mutuamente y sin condiciones.

En aquel instante, en aquel aislado lugar, sus miradas se encontraron para descubrir de nuevo el camino secreto e invisible que acercaba sus pasos, que, como raíces, se alargaban hacia el corazón del otro buscando un agua que aplacara aquella sed con un intenso y esperado abrazo.

Allí estaban al fin frente a frente, se habían encontrado, no habían perdido nada pero todo lo que habían aprendido, ya no servía de mucho. En ese momento, comenzaban de nuevo, empapados en la misma agua que diluía sus lágrimas contenidas, más grandiosos que la tierra que no pudo extraviarlos. Francisco no quería nada más. Ya lo tenía todo.

Con el rugido del agua feroz mordiéndose y sonando, se despertó Moussa en medio de la espuma y con sabor a sal. Estaba exhausto. Al levantar la cabeza comprobó que estaba tumbado en la orilla de la playa con una manta térmica cubriéndole el cuerpo.

Aquella playa era similar a la que dejaron atrás en la costa africana, el cielo, el color del agua eran el mismo. Tenía la extraña idea de estar en el mismo sitio del que provenía, que el viaje nunca existió. Junto a él se encontraban unos pocos también tumbados y atendidos por personal sanitario que se movía frenéticamente de un cuerpo a otro. Una zodiac de la Guardia Civil se encontraba varada en la orilla y de su interior varios guardias extraían unas bolsas negras alargadas que parecían contener algo pesado en su interior.

A Moussa se le encogió el estómago cuando comprobó la cantidad de bolsas que ya estaban depositadas en la orilla.

Derruyendo los muros del agotamiento que aprisionaban su cuerpo, surgió un estallido cautivo de su interior desconocido pero poderoso, con ansias incontenibles de encontrarse con el cuerpo y la mirada de Isatou, de descubrir de nuevo el camino secreto e invisible que acercara sus pasos hacia un intenso y tranquilizador abrazo. Pero en aquella playa no encontraba su rostro.

Hubo que sujetarlo entre varios guardias para que la desesperación no tomara el control de sus actos y a los pocos segundos noto como un ligero pinchazo en su brazo derecho lo sumía en un profundo y placentero sueño.

Cuando despertó sentía toda la sed del mundo, una enfermera le ayudó a levantarse y a caminar por la orilla entre aquellos cuerpos. El mar y la arena estaban helados. Su pecho latía entre la esperanza y la pesadilla, entre la vida y la muerte, entre la imagen de un tesoro en la arena o un cuerpo inerte varado en la playa.

A pesar de que el sol se ocultaba ya en el horizonte en un espectáculo de fuego y agua, la calma, indiferente, arrojaba al mar lo que quedaba del día aun sabiendo que sus traicioneras aguas habían truncado historias humanas de supervivencia y resistencia aquella jornada.

A poca distancia de su sueño, Moussa no pudo ni siquiera encontrar el cuerpo sin vida de Isatou en aquella playa, ni tampoco arrastrado por las olas del mar Mediterráneo en las semanas sucesivas. Quedaba convertida en una cifra, tal vez en un cuerpo hinchado y encallado en cualquier playa o en lo profundo de un mar de agua inmenso en el que jamás la encontrarían.

A la hora de marcharse le preguntaron hacia dónde quería ir. Tenía permiso de residencia durante seis meses con el compromiso por escrito de volver a Camerún después.

Junto al puerto, en una parada de autobús se quedó el último para ver qué dirección tomaban los demás. Estaba aturdido. Todo lo que le rodeaba era nuevo. Se sentía perdido y tremendamente solo. La luz de cada día, su reposo, su tristeza le sacaban del tiempo desenterrando los labios de su amada, sus manos, sus deseos compartidos que ahora se rendían hundiéndose perdidos en el espeso azul de la madrugada.

El autobús abrió las puertas y antes de subir se giró mirando al mar por última vez, como buscando en su imaginación aquella patera en la orilla y a Isatou, joven y esculpida entre las olas y la bruma, llena de ilusiones como una luz cegadora erguida sobre el mar.

Y en ese instante, se imaginó a ambos caminando por la arena, uno al encuentro del otro. Toda su sed terminando en un abrazo ya inalcanzable.